

Gregorio Gutiérrez González

Por Antonio Gómez Restrepo

Gutiérrez González es el poeta de Antioquia, es decir, una de las regiones más originales y vigorosas de la República. En sus habitantes se observan fuertes rasgos característicos, que a veces parecen contradictorios: una infatigable actividad comercial y un acendrado espíritu religioso; un profundo amor al terruño y un irresistible espíritu de expansión, una aspiración a difundirse aun en regiones extrañas. El pueblo antioqueño ha impreso un rasgo inconfundible en la fisonomía de la República.

Nació Gutiérrez González en La Ceja del Tambo el 9 de mayo de 1826. Pertenecía a una distinguida y acomodada familia, y recibió una educación de acuerdo con su posición social, según los datos que consigna Don Salvador Camacho Roldán.

Por ellos sabemos que desde muy niño fue enviado a estudiar al Seminario de Antioquia, y luego puesto al cuidado de su primo el Señor Juan de Dios Aranzazu, a Bogotá, al Seminario de la Arquidiócesis, en donde concluyó sus estudios de literatura y filosofía; que hizo en seguida los de jurisprudencia en la Universidad Nacional (Colegio de San Bartolomé), y los coronó recibiendo allí el grado de doctor y el título de abogado en la Suprema Corte de la Nación, en 1847.

No fue político de profesión, pero ocupó varias veces una curul en la Cámara de Representantes por el entonces Estado de Antioquia. Desempeñó cargos importantes en la carrera judicial. Contrajo matrimonio con la distinguida dama Doña Juliana Isaza, de la cual tuvo numerosa descendencia y a quien cantó en versos de inefable dulzura. Falleció en Medellín el 6 de julio de 1872.

Gutiérrez González es uno de los poetas colombianos que han gozado de mayor popularidad. Pero no fue él uno de esos cantores espontáneos que sin formación literaria, y sólo por obra de una ingenua inspiración, componen coplas, que corren de boca en boca entre el

NOTA.— En julio se cumplió el centenario de la muerte de este ilustre poeta antioqueño. En su homenaje transcribimos este ensayo, uno de los mejores entre los muchos realizados en torno a la vida y la obra del poeta.

pueblo, porque interpretan sus sentimientos. El traductor de Byron y de Víctor Hugo no era un cantor de esa calidad, sino un poeta culto, muy conocedor de la literatura de su tiempo, ya que no de las letras clásicas, y que hablaba a todas las clases sociales, en estrofas elegantes, pero de un estilo tan diáfano y sencillo, que eran a un tiempo admiradas por los doctos y llegaban hasta el alma popular. Lo comprueba una simpática anécdota que cuenta Don Salvador Camacho Roldán, en el magnífico estudio con que encabezó la edición de las poesías del bardo antioqueño, hecha por sus hijos en el año de 1881.

Dice así: “Hemos oído referir a Manuel Pombo que, paseando una noche con Gutiérrez González por las calles de Bogotá —por hacer reminiscencia de las costumbres de los tiempos felices, de los tiempos de colegio—, entraron a tomar dulce en una modesta botillería frecuentada por los estudiantes, en la calle de San Bartolomé. Servíales los higos conservados en almíbar, rodeados de panes de yuca, según el uso tradicional, una muchacha rolliza, avispada, con gruesas y brillantes trenzas de cabellos, vivo clavel en las mejillas, enaguas de frisa, camisa bordada y sombrerito raspón. Pombo daba a su interlocutor el fraternal y cariñoso nombre de Antioco, el solo con que había sido conocido en los claustros, y al oír este nombre, levantó la cabeza la muchacha con aire mitad encogido, mitad travieso, preguntando si alguno de ellas era el Señor Gutiérrez González, el poeta. A la respuesta afirmativa, acompañada a su vez de una pregunta de admiración acerca del motivo de esa curiosidad, replicó ella que siempre había deseado mucho conocerle, porque admiraba y sabía de memoria gran parte de sus versos.

“—¡Vamos, recítenos, pues, usted a Aures, la dijo Pombo.

“Y ella, ruborizada y casi temblando, como un niño que dice su resunta en el certamen:

De peñón en peñón turbias saltando
las aguas de Aures descender se ven;

.....

los helechos y juncos de la orilla
temblorosos, condensan el vapor;
y en sus columpios trémulas vacilan
las gotas de agua que abrillanta el sol.

.....

Reclinado a su sombra, cuántas veces
vi mi casa a lo lejos blanquear;
paloma oculta entre el ramaje verde;
oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba
el humo tenue en espiral azul...
la dicha que forjaba entonces el alma
fresca la guarda la memoria aún.

Allí a la sombra de esos verdes bosques
correr los años de mi infancia vi;
los poblé de ilusiones cuando joven,
y cerca de ellos aspiré a morir.

.....

Hoy también de ese techo se levanta
—blanco azulado— el humo del hogar;
ya ese fuego lo enciende mano extraña;
ya es ajena la casa paternal:

.....

Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
visiones de placer, sueños de amor,
heredad de mis padres, hondo río,
casita blanca... y esperanza, adiós!

“Con el último verso la muchacha levantó el revés del delantal para recoger una lágrima, suspendida entre los párpados, y rápida se ocultó detrás del cancel.

“Ruboroso y triste volvió **Antioco** a mirar a **Pombo**, diciéndole:

“—Bueno... y qué?...

“—¿Cómo... y qué?... ¿No sabes qué es eso? Pues eso es la fama, que es precursora de la gloria”.

La vida de Gutiérrez González, que no ofrece grandes sucesos, fue de lucha constante con circunstancias adversas, que amargaron los días de ese poeta geórgico que parecía destinado a verlos correr en plácida contemplación de la naturaleza. En su primera juventud, una novedad al corazón, que juzgó irremediable, por causa de un errado diagnóstico, lo sumió en honda melancolía, con la perspectiva de un próximo fin. Vencida esa crisis, gracias a su vigorosa constitución, fundó un hogar bajo los mejores auspicios; pero surgieron graves dificultades económicas, y la pérdida del patrimonio, que le inspiró la lamentación inmortal, algunas de cuyas estrofas quedan transcritas atrás. Entregar la casa paterna es para espíritus secos un incidente, como otros muchos que se presentan en la vida; para corazones sensibles es una herida que no se cierra y que mana siempre sangre.

Aún desde el punto de vista puramente literario, hubo lucha en el poeta, que por una parte era adepto del romanticismo entonces en boga, y que imitaba con entusiasmo a Espronceda y a Zorrilla, y que, por otro lado, se sentía atraído por su genialidad al cultivo de la poesía realista, a la interpretación sencilla de la naturaleza.

Don Rafael Pombo, en la interesante noticia que escribió para la citada edición de las poesías de Gutiérrez González, habla del fervor romántico que prevaleció en esos tiempos y que era estimulado entre nosotros, no sólo por los grandes poetas españoles que acabamos de citar, sino por ingenios menores como Bermúdez de Castro y los venezolanos José Antonio Maitín y Abigail Lozano. Se cultivaba de preferencia la octava **bermudina** y estrofas con finales esdrújulos, que entonces halagaban los oídos y que ahora nos parecen tan exóticos co-

mo los vestidos de que hacían gala los poetas, para distinguirse de los simples mortales. Las melenas con que encantaban a sus admiradoras los insignes autores del **Diablo Mundo** y de **Don Juan Tenorio**, se hicieron familiares en América. El sentimiento degeneró en un sentimentalismo enfermizo; se abusó de los cipreses fúnebres y de las losas sepulcrales, y la luna fue el astro predilecto. Los poetas se consideraron a sí mismos como seres fatídicos, predestinados a la desilusión y a la desgracia. Así, Gutiérrez González en unos versos escritos a la edad de diez y nueve años, se expresa en estos términos desconsolados:

Y cada surco que el tiempo
en mi semblante estampó
la mano de la desgracia
lo trazó en mi corazón.

Mi trémula voz recuerda
los deliquios de mi amor...
Y cada cabello blanco
una perdida ilusión...

Y parece que la nieve
de mis cabellos, heló
entre mis párpados secos
las lágrimas del dolor...

y llanto que la mejilla
del infeliz no bañó,
es un filtro venenoso
que le quema el corazón.

Es cierto que el poeta pone esos versos en boca de un anciano; pero claramente se advierte que es un disfraz que el poeta adopta para expresar su pesimismo; y en todo caso, es extraño que un adolescente inicie su carrera poética expresando las desilusiones de la vejez. Todo esto es puro romanticismo.

Otro síntoma de su romanticismo da el poeta en su composición **Al Diablo**, porque según decía **Gerundi**, es decir, Don Modesto de la Fuente, en su **Teatro Social del siglo XIX**, "apenas hay ópera, drama, novela o baile fantástico, que no lleve por título algo del **diablo**; el diablo está en moda; el diablo se ha apoderado de la literatura". Y refiriéndose a un individuo que había llegado a familiarizarse con este tema, agrega: "Ya se ve; iba a la ópera sería **Roberto el diablo**; iba a la ópera cómica **La parte del diablo**; iba a ver un drama, **Los siete castillos del diablo**; iba a ver una comedia, **La escuela del diablo**; iba a ver un baile, **El diablo a cuatro**; entraba en una librería, **Las primeras armas del diablo**; se suscribía a una novela, **El hijo del diablo**; levantaba la cabeza para leer un anuncio, **La mujer del demonio**".

Y hubiera podido agregar el título del famoso poema de Espronceda, en donde el diablo y el mundo aparecen acoplados en una combinación extraña.

Otro tema, también en boga por entonces, trató el poeta en la composición dedicada **A un niño expósito**. Era muy popular (y ojalá

lo fuera todavía) el admirable poema del Duque de Rivas, **El moro expósito**, una de las obras maestras del romanticismo español; y en calidad literaria muy inferior, había en Francia y en España poetas y novelistas que trataban este tema. Y afirma Pombo que el niño, a quien Gutiérrez González presagiaba un triste destino, fue más adelante reconocido por su padre y llegó a ocupar una distinguida posición social. Estas composiciones, puramente románticas, representan poco en la obra del poeta. Pero de cuando en cuando hay en ellas versos y aun estrofas que revelan a un gran poeta en formación. Por ejemplo, en una composición titulada **La vida**, encontramos este cuarteto referente a los árboles a cuya sombra dormía la siesta cuando niño:

¡Salve, oh ancianos hijos de la selva!
¡Salve, o amigos de mi edad temprana!
Vuestro mustio follaje es hoy mi dicha,
es cada hoja una ilusión colgada!

Y en la composición **Fragmentos de la vejez**, escrita en variedad de metros, hay un trozo en octavas reales, caso único en toda la obra poética de Gutiérrez González, versificadas con gran primor y elegancia, como puede verse por la siguiente estrofa, cuyos dos primeros versos se hicieron proverbiales:

El corazón del hombre es una lira
dispuesta a producir cualquier sonido;
tremulento de amor, goza y delira;
herido de dolor, lanza un gemido;
con la esperanza soñarse se mira,
con la desgracia llora entristecido,
pero sus cuerdas, hechas al quebranto,
suenan mejor si las empapa el llanto.

El buen sentido del poeta se imponía sobre sus aficiones de escuela. Lo prueba la composición titulada **El romanticismo tétrico**, que en forma de epístola dirige a un amigo, para darle excelentes consejos:

Déja, oh amigo, déja ya el lamento
monótono, insufrible, de tus penas;
no más hagas sonar de llanto llenas
las cuerdas del laúd.

No finjas más ensueños pesarosos
que tenaces redoblan tu martirio;
abandónalos ya, que tal delirio
contagiará la sana juventud.

Y en seguida desarrolla un magnífico programa para que el poeta dé un digno objeto a su inspiración.

Cánta, le dice, las maravillas del mundo americano, la espléndida naturaleza, el Tequendama, el Chimborazo, la portentosa hazaña de Colón. Es raro que al lado de la figura del Descubridor no hubiera presentado la del Libertador Bolívar.

Pronto llegó a su plenitud la inspiración lírica del autor. En esa segunda época produjo los dos cantos **A Julia**, y **¿Por qué no canto?** Las dos primeras son poesías amorosas, pero no inspiradas por la pasión del amante, sino por el afecto, sereno y profundo, del esposo. No es la poesía petrarquista, inspirada en el idealismo platónico, que a un tiempo goza y sufre con la contemplación del sér amado y soñado, sin que llegue nunca a la posesión. Esas dos poesías, separadas por largo espacio de tiempo, constituyen una sinfonía suave y exquisita, que llega al alma sin agitar los sentidos y que nada tiene que ver con esas explosiones tempestuosas, en que otros poetas han cantado amores más o menos extraviados:

Son nuestras almas místico ruido
de dos flautas lejanas, cuyo són
en dulcísimo acorde llega unido
de la noche callada entre el rumor;

cual dos suspiros que al nacer se unieron
en un beso castísimo de amor;
como el grato perfume que esparcieron
flores distantes y la brisa unió.

En **¿Por qué no canto?** están las dos bellas estrofas en que el poeta, enamorado de la naturaleza, eleva a la dignidad del arte a dos seres humildes en su belleza: **el cocuyo** y **la batatilla**. **El cocuyo** había merecido un breve rasgo de Don Andrés Bello en la **Alocución a la poesía**:

Y del cocuyo las luminosas huellas
viese, cortando el aire tenebroso.

Pero Gutiérrez González hizo del pequeño insecto un símbolo exactísimo del genio que se esconde, pero no deja de lucir:

No hay sombras para tí. Como el cocuyo
el genio tuyo ostenta su fanal;
y huyendo de la luz, la luz llevando,
sigue alumbrando
las mismas sombras que buscando va.

No menos bella representación es la flor azul de nuestros climas templados:

¿Conoces tú la flor de batatilla,
la flor sencilla, la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombra:
crece a la sombra,
mas se marchita con la luz del sol!

En las poesías de su última época, luchan el horror que le inspira la muerte y la esperanza en las promesas de Cristo.

En la poesía titulada **Las dos noches** hay estrofas de trágica emoción, como la siguiente:

¡¡Oh noche oscura! ¡oscura, oscura noche!
Voy a matar mi luz artificial,
y me quedo conmigo en otra noche
más oscura que tú: mi propio mal.

Y en la poesía siguiente, que se titula **La oración**, exclama:

Confiad en la oración, llama que sube
hasta las salas de la eterna luz,
telégrafo instantáneo que nos une
con la patria de amor, patria común.

Falleció Gutiérrez González, como queda dicho, el 6 de julio de 1872. Su íntimo amigo el ilustre médico y escritor Don Manuel Uribe Angel, narra así sus últimos instantes:

“Era el crepúsculo; una débil luz alumbraba su rostro moribundo; la siniestra mano de mi amigo reposaba helada sobre la mía; en la diestra tenía la efigie de Cristo, y sus ojos estaban fijos sobre la cruz. La vida de aquel amigo se apagó de un soplo, y su alma inocente y honrada voló hasta el seno de Dios en alas de la fe”.

Si Gutiérrez González no hubiera escrito sino las poesías de que hemos hablado y algunas más, dignas de atención, ocuparía un puesto eminente en el parnaso colombiano como poeta de sentimiento, sin pretender competir con sus compañeros de romanticismo en profundidad de pensamiento ni en el vuelo trascendental de su inspiración, a la manera de Caro o de Pombo. Tampoco fue un poeta civil, cantor de la Patria, como Ortiz. Su única poesía política es la titulada **A los Estados Unidos de Colombia**, escrita cuando temió que fuese violada por el Gobierno central la autonomía de su nativo Estado de Antioquia. Entonces escribió las arrogantes estrofas que comienzan así:

Vednos aquí con el fusil al brazo,
esperando el **descansen** o el **alerta**.
¿Queréis la paz? Se tornará en azadas
el hierro de las mismas bayonetas.

.....

Y que termina de este modo:

Pero si acaso Dios nos abandona,
venid a contemplar ruinas inmensas;
será el cielo de Antioquia nuestro palio,
tumba gloriosa nuestra amada tierra.

Venid a colocar el epitafio...
la fosa es ancha, la veréis repleta;
mas no hallaréis, lo juro, ni un amigo
que no se encuentre sepultado en ella.

Tiene Gutiérrez González el defecto correspondiente a sus cualidades. Su extraordinaria espontaneidad da a los versos la transparencia de la fuente que brota de la peña. Pero cuando la inspiración declina, el poeta, que no es un artista del verso, carece de recursos

suficientes para reemplazarla con el primor y la elegancia del estilo. El tránsito de lo poético a lo prosaico suele ser rápido, de una estrofa a otra, de un verso al que le sigue. Ya lo notó el ilustre escritor español Don Antonio Rubió y Lluch, nombre grato a las letras colombianas, que admiraba mucho a Gutiérrez González, pero no desconocía sus imperfecciones. El cita a este propósito dos estrofas sucesivas de **Aures**, bellísima la una, desaliñada la otra.

La primera dice así:

Se ve colgando en sus abismos hondos,
entretrejido, el verde carrizal,
como de un cofre en el oscuro fondo
los hilos enredados de un collar.

E inmediatamente sigue:

Sus cintillos en arcos de esmeralda
forman grutas do no penetra el sol,
como el toldo de mimbres y de palmas
que Lucina tejió pra Endimión.

El segundo verso es áspero, cosa rara en versificador tan armonioso; y así como “los hilos enredados de un collar” son una frase feliz, la alusión mitológica de los dos últimos versos citados es absolutamente inoportuna en una poesía que es toda emoción sincera.

En la segunda poesía **A Julia**, encontramos estos dos versos:

Basta con una vida haberte amado:
ya he llenado con esto mi misión.

El primero, como anota Rubió, vale por un poema; el segundo parece tomado de una carta de negocios.

La suerte que fue tan esquivada con el poeta en el campo de los intereses materiales, le fue propicia hasta el fin en el terreno poético, pues le permitió escribir su obra maestra, el poema sobre **El cultivo del maíz**, que él calificó humorísticamente de “memoria científica”, porque fue dirigido, en cumplimiento de un deber reglamentario, a los “señores socios de la Escuela de Ciencias y Artes”. Bastaría este solo hecho para que fuera simpática esa sociedad, fenecida hace largos años, como suele ocurrir entre nosotros con centros de esa clase. No era Gutiérrez González hombre de ciencia, y no pretendió, por fortuna, hacer un poema didáctico, género extraordinariamente difícil, porque la exposición de las reglas de una ciencia o un arte daña el libre vuelo de la poesía. Tanto es así, que los más celebrados poemas didácticos, el de Lucrecio y el de Virgilio, no llegan a la cumbre de la poesía sino en bellas descripciones de la naturaleza. Gutiérrez González hizo un poema descriptivo, en cuatro cantos, en donde la ciencia se limita a exponer las prácticas tradicionales de los agricultores de la Montaña. Empleó el romance endecasílabo, que se presta muy bien para el género narrativo y al cual supo sacarle toda la gracia musical de que es capaz.

Con este poema, marca Gutiérrez González el tránsito de la escuela romántica al realismo, fenómeno literario que se efectuó por entonces en la literatura universal y de que fue intérprete el poeta antioqueño por impulso espontáneo, no por el propósito de seguir las normas de ninguna escuela. Circula por todo este poema el ambiente fresco y sano de lo natural, de lo primitivo, por lo cual este poeta moderno tiene más semejanza con Homero que con los poetas contemporáneos suyos. Su talento descriptivo es admirable, y a cada paso surgen nuevos y deliciosos paisajes en que la naturaleza no aparece inanimada, sino en vivo contacto con el hombre.

La Argentina cuenta entre las obras más originales de su literatura el poema titulado **Martín Fierro**, de José Hernández, que es popular allá entre todas las clases sociales, desde las más altas hasta las humildes. Está escrito en quintillas, no siempre bien rimadas, y en ellas aparece el tipo del gaucho en las varias circunstancias de su vida, con toda su energía y arrogancia primitivas, con su mezcla de rusticidad y de poesía, con su afición a condensar en breves rasgos el resultado de su experiencia y el fruto práctico de una patriarcal filosofía de la vida, como es de verse en estas estrofas:

Aprovecha la ocasión
el hombre que es diligente;
y téngalo bien presente
y al compararla no yierro:
la ocasión es como el fierro:
se ha de machacar caliente.

Muchas cosas pierde el hombre
que a veces las vuelve a hallar;
pero las debe enseñar
y es bueno que lo recuerde:
si la vergüenza se pierde
jamás se vuelve a encontrar.

Como se ve, no hay ninguna analogía entre esta autobiografía gauchesca, a un tiempo trivial y humorística, y la poesía, más delicada en sus formas, de Gutiérrez González.

Es interesante conocer la impresión que este poema tan regional ha producido en críticos extranjeros. Don Juan Valera, en sus **Cartas Americanas**, dice que "acaso compite con la sublime **Destrucción de las florestas**, del brasileño Araujo Porto Alegre". Menéndez Pelayo dice: "Realmente Gutiérrez González poseía el dón divino de convertir en poesía la más desdeñada y cotidiana prosa. La suya es poesía descriptiva directa, sin selección, si se quiere; pero no prosaica y ridícula, como la del **Observatorio rústico**, de Salas, sino de gran potencia de color y de mucho relieve; graciosa y viril a un tiempo... si poseyese muchas cosas como este poema, la literatura colombiana sería sin duda la más nacional de América". Y más adelante agrega que "como apenas hay cosa que en los antiguos no esté, a lo menos en germen, el autor viene a encontrarse, seguramente sin conocerlo, con un vigoroso cuadro de género titulado **Moretum**, que anda, no se sabe con qué fun-

damento, entre los poemas menores atribuidos a Virgilio, y en el cual, con minuciosidad de detalle, que pudiéramos llamar flamenca u holandesa, se describen las faenas con que el pobre labrador Simylo, **exigui cultor rusticus agri**, prepara su frugal almuerzo con ajo, apio, ruda y otras yerbas, mezclando queso, aceite y vinagre para componer un cierto almodrote". La comparación es curiosa y propia del inmenso campo de erudición que abarcaba el crítico español. Redunda, además, en honor del poeta antioqueño, pues el cuadro latino es de un realismo absolutamente prosaico, aun cuando está trazado en rasgos vigorosos, al paso que en **El cultivo del maíz** hay poesía hasta en las cosas más familiares. El poeta latino hace la siguiente descripción de Cibale: "Única guardiana de la choza, de linaje africano, y cuyo aspecto todo revelaba su origen; cabello ensortijado, abultados labios, el color atezado, ancha de hombros, los pechos caídos, muy metido el vientre, flaca de piernas, anchos y largos los pies, y los callosos talones llenos de grietas". Compárese esta pintura con la que hace Gutiérrez González de una muchacha del pueblo de Antioquia:

Era la cocinera una muchacha
ágil, arrutanada, alta y morena,
que su saya de fula con el chumbe
en su cintura arregazada lleva.

Descubiertos sus brazos musculosos
y la redonda pantorrilla muestra
con inocente libertad, pues sabe
que sólo para andar sirven las piernas.

Su seno prominente a medias cubre
la camisa de tira de arandela,
en donde se sepulta su rosario
con sus cuentas de oro y su pajuela.

Un tanto cortas, negras y brillantes,
de su negro cabello las dos trenzas
rematando sus puntas en cachumbos
graciosamente por la espalda cuelgan.

Pero vedla cascando mazamorra,
o moliendo en su trono, que es la piedra;
a su vaivén cachumbos y mejillas,
arandelas y seno, todo tiembla.

Esta pintura de la única mujer que figura en las *Geórgicas* antioqueñas y que puede considerarse como representación de la raza, hace ver que Gutiérrez González supo colocarse en un término medio entre el crudo realismo del poemita latino y la idealización de la poesía romántica, que vemos, por ejemplo, en la pintura que hace Arboleda de su heroína Pubenza, y que transcribimos aquí como tema de comparación:

Dulce como la tierna cervatilla
que el cuello tiende entre el nativo helecho,

y a la vista del can, yace en acecho,
con sus ojos de púdico temor;

pura como la cándida paloma
que de la fuente límpida al murmullo,
oye, al beber, el inocente arrullo,
primer anuncio de ignorado amor;

bella como la rosa que temprana,
al despuntar benigna primavera,
modesta ostenta, virginal, primera,
su belleza en el campo sin rival;

tierna, como la tórtola amorosa
que arrulla viuda, y de su bien perdido
la dura ausencia en solitario nido
llora, y lamenta su incurable mal;

brillante como el sol, cuando refleja
sus rayos el cristal de la montaña,
si ni la lluvia, ni la nube empaña
su naciente, purísimo esplendor;

majestuosa cual palma que se eleva
y ostenta en la vastísima llanura
su corona imperial y su hermosura,
desafiando el rayo del Señor;

tal es Pubenza: en ella el alma, todo
respira amor, pureza y hermosura;
el hechizo en sus ojos; la dulzura
vaga sobre sus labios de clavel;

juega el blando placer modestamente
con las esbeltas formas de la indiana;
india en amar, en resistir cristiana,
era su pecho a la virtud dosel.

Esta descripción es, sin duda, un gran triunfo del arte idealista, que pinta a la mujer, sin tocar su prístina pureza, antes bien, envolviéndola en un cendal de colores y armonías; y que, agotadas las comparaciones del orden físico, penetra en el campo de los afectos morales, para revelarnos el alma de Pubenza, con un rasgo de exquisita delicadeza, tributo gentil del poeta castellano a esa dulce encarnación de la raza vencida.

En los versos de Gutiérrez González la muchacha antioqueña parece salirse del cuadro en que la ha colocado el poeta; la vemos, la seguimos en sus labores; en cambio, Pubenza se adivina entre nubes radiantes: representa el fin de una raza; la campesina encarna toda la rica plenitud de su pueblo.

El escritor ruso-francés Boris de Tannenberg, después de proclamar que el poema del maíz es "una de las obras maestras de la poesía castellana de su siglo", agrega: "Confesaré, con toda sinceridad,

que lo prefiero a las **Silvas Americanas** de Don Andrés Bello, más perfectas de forma, producto de un arte más refinado y más sabio... no conozco nada en la literatura americana que tenga más probabilidades que esta obra, puramente local, de interesar y de encantar a un público europeo"; y de acuerdo con este concepto, menudea las citas en el texto original, acompañándolo con la traducción francesa en prosa, que, naturalmente, sólo da una idea imperfecta de los musicales versos del poeta.

En cuanto a la perfección del estilo, no hay comparación posible entre el arte sencillo e ingenuo de Gutiérrez González y el refinado y sabio de Bello. La **Silva a la agricultura de la Zona Tórrida**, y gran parte de la **Alocución a la poesía**, son obras maestras que convidan al estudio de cada verso y aun de cada frase; la descripción que hace Bello de los frutos de la Zona Tórrida es una serie admirable de expresiones felices, cada una de las cuales es una miniatura. Basta citar aquel verso en que el cacao

cuaja en urnas de púrpura su almendra,

Frase que consideraba Menéndez Pelayo como la más feliz que pudiera encontrarse en nuestra lengua. Pero cuando se trata de describir escenas, el poeta antioqueño, con su espontánea sencillez, no le cede, y aun lo supera, al gran venezolano, como puede verse en los fragmentos que vamos a citar, para que el lector tenga el gusto de compararlos. Se trata de la descripción del incendio de los bosques:

Dice Bello:

Ya dócil a tu voz, agricultura,
nodriza de las gentes, la caterva
servil armada va de curvas hoces,
mírola ya que invade la espesura
de la floresta opaca; oigo las voces;
siento el rumor confuso; el hierro suena;
los golpes en lejano
eco redobla; gime el ceibo anciano,
que a numerosa tropa
largo tiempo fatiga;

Batido de cien hachas se estremece,
estalla al fin, y rinde el ancha copa.
Huyó la fiera! Deja el caro nido,
deja la prole implume
el ave, y otro bosque no sabido
de los humanos, va a buscar doliente...
¿Qué miro; Alto torrente
de sonora llama
corre, y sobre las áridas ruinas
de la postrada selva se derrama.

El raudal incendio a gran distancia brama,
y el humo en negro remolino sube,
aglomerando nube sobre nube.

Ya de lo que antes era
verdor hermoso y fresca lozanía,
sólo difuntos troncos,
sólo cenizas quedan, monumento
de la ruina mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
de las tupidas plantas montaraces
sucede ya el fructífero plantío
en muestra ufana de ordenadas haces.

Y dice Gutiérrez González:

Vese de lejos la espiral del humo
que tenue brota, caprichoso y blanco,
o lento sube en copos sobre copos
como blanco algodón escarmenado.

La llama crece; envuelve la madera
y se retuerce en los nudosos brazos;
y silba, y desigual chisporrotea,
lenguas de fuego por doquier lanzando.

Y el fuego envuelto en remolinos de humo,
por los vientos contrarios azotado,
se alza a los cielos, o a lo lejos prende
nuevas hogueras con creciente estrago.

Ensordecen los aires el traquido
de las guadas y troncos reventando,
del huracán el mugidor empuje,
de las llamas el trueno redoblando,

Y nubes sobre nubes se amontonan
y se elevan, al cielo encapotando,
de un humo negro que arrebatara chispas,
pardas cenizas y quemados ramos.

Aves y fieras asustadas huyen;
pero encuentran el fuego a todos lados,
el fuego, que se avanza lentamente,
estrechando su círculo incendiario.

Al ave que su prole dejar teme,
la encierra el humo al rededor volando,
y con sus alas chamuscadas cae
junto del nido que le fue tan caro.

Aquí y allá se vuelve la serpiente
buscando una salida, y en su espanto,
se exaspera, se enrosca, se retuerce,
y el fuego cierra el reducido campo.

Del aire al soplo se dilata el humo
hasta que llena el anchuroso espacio;

rosados se perciben los objetos;
redondo y rojo el sol se ve sin rayos.

Sobre el monte, la roza y el contorno
tiende la noche su callado manto,
bordado con las chispas del incendio
que parecen cocuyos revolando.

Y con la incierta luz de mil fogones,
restos aún vivos del ardiente estrago,
se ve de lejos la quemada roza
cual vivac de un ejército acampado.

El maíz, con su nombre exótico, había figurado, incidentalmente, en versos anteriores a Gutiérrez González; lo hallamos citado en donde menos hubiera podido imaginarse, en André Chénier, el más griego de los poetas franceses, quien, en un proyectado poema sobre América, pone en boca del Inca, dirigiéndose desdeñosamente a los españoles, los siguientes versos:

Leurs champs du beau mais ignorent la moisson;
la mangue leur refuse une douce boisson.

Y en la magistral *Silva* de Bello aparece el maíz en dos versos que corresponden a la esbeltez de la planta:

Y para ti el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano.

Pero Gutiérrez González hace, como es natural, una detallada descripción, en los rasgos precisos que son propios de su manera poética:

Contemplad una mata. A cada lado
de su caña robusta y amarilla,
penden sus tiernas hojas arqueadas,
por el ambiente jugueteón mecidas.

Su pie desnudo los anillos muestra
que a trecho igual sobre sus nudos brilla,
y racimos de dedos elegantes,
en los cuales parece que se empina.

Más distantes las hojas hacia abajo,
más rectas y agrupadas hacia arriba,
donde empieza a mostrar tímidamente
sus blancos tilos la primera espiga.

Semejante a una joven de quince años,
de esbeltas formas y de frente erguida,
rodeada de alegres compañeras
rebotando salud y ansiando dicha.

Forma el viento al mover sus largas hojas
el rumor de dulzura indefinida
de los trajes de seda que se rozan
en el baile de bodas de una niña.

Se despliegan al sol y se levantan
ya doradas, temblando, las espigas,
que sobresalen cual penachos jaldes
de un escuadrón en las revueltas filas.

Es lástima que el poeta, que quizá no se daba cuenta de la trascendencia de su obra, hubiera escrito, hacia el final del poema, algunas estrofas en tono familiar y jocoso, que estarían muy bien en composiciones como las tituladas **Una visita** y **Tresillo**, que lo asemejan a los poetas bogotanos de **El Mosaico**, pero que están fuera de lugar en un poema de tan alta significación.

Gutiérrez González plantea, sin quererlo, un problema no sólo lingüístico, sino político y social, cuando dice:

Yo no escribo español, sino antioqueño.

Si esto fuera cierto, si realmente la **Memoria** estuviera escrita en un dialecto especial, que sólo entendieran los habitantes de Antioquia, su fama no habría traspasado los límites de su región y no sería leído con admiración en todos los pueblos de habla española. El poema está escrito en puro idioma castellano, con provincialismos que se refieren casi exclusivamente a los nombres de árboles y plantas, y que se entienden fácilmente con un pequeño vocabulario, como el que el docto gramático Don Emiliano Isaza, próximo pariente del poeta, escribió para la edición póstuma de sus versos. El poeta era regionalista, pero no podía desconocer la importancia que tiene para la América entera el uso de un idioma común, elemento de unidad, hoy más necesario que nunca.

No cerraremos este estudio sin citar alguna muestra de las fugaces y originales estrofas que improvisó Gutiérrez González. Alguna de las que se le atribuyen parece que no es suya, ni él la incluyó en su colección. Las dos que siguen son auténticas, y corresponden a los aspectos más notorios de la poesía del autor: el festivo y el sentimental.

Dicen así:

Parece el corazón mío
un inmenso coliseo,
donde todas las que veo
encuentran palco vacío.

Un beso! Emoción divina
que en la vida disfrutamos,
cita que se dan las almas
para encontrarse en los labios.

La estrofa que sigue no es una improvisación, pero Rafael Pombo, después de anotar que "suelen los verdaderos vates sumar su lira en un acorde, destilar la esencia de su poesía en un verso, en una estrofa", cita ésta, como "cifra de su deliciosa inmortalidad entre nosotros":

Esos recuerdos con olor de hehecho
son el idilio de la edad primera,
son la planta parásita del hombre
que, aun seco el árbol, su verdor conservan.